

Hacia una nueva comprensión del deporte.

Factores endógenos y exógenos

El deporte ha superado los límites restrictivos de una definición, por lo que se le describe como una conducta individual, un hecho social, una religión laica, un estilo de vida, un espectáculo, un símbolo cultural o una teoría del hombre, pero en esencia constituye una actividad indefinible.

La palabra “deporte”, traducida (o, mejor dicho, incorporada casi literalmente) a la práctica totalidad de las lenguas del planeta es un término auténticamente ecuménico, en el doble sentido de universal y de comunicación, entre todos los humanos en torno a esa religión laica globalizada que evoca rápidamente, y sin ningún género de dudas, una práctica, un espectáculo o un estilo de vida. Para la población de nuestra época el deporte se constituye como uno de los términos más indudables de nuestra cultura global. Aunque han existido múltiples intentos por parte de asociaciones del deporte, autores de prestigio y de organizaciones académicas internacionales propias y ajenas, para definir este concepto inequívoco denominado deporte, éste, por su complejidad simbólica, dimensión cultural y realidad social, resulta indefinible. No obstante, el deporte presenta unos factores endógenos que conforman una lógica interna perfectamente estructurada que desde el punto de vista sistémico interactúa como un sistema autónomo pertinente con la lógica externa, constituida a su vez con unos factores exógenos, que influyen sobre él y viceversa. La congruencia entre la lógica interna y la lógica externa del deporte hacen que éste sea una práctica y un espectáculo de gran vigencia social, enorme presencia cultural y un símbolo identificador de nuestra época.

I

El deporte presenta unos rasgos estructurales que lo identifican y discriminan para un mejor estudio y comprensión: los factores endógenos y los factores exógenos. Entre los primeros, aquellos que corresponden a su lógica interna, tenemos el juego, el esfuerzo físico, la competición, las reglas, la institucionalización y el espíritu deportivo (*fair play*). Consideramos deporte aquellas prácticas que, en mayor o menor grado, presentan de manera nuclear estas características esenciales en armonía con los factores exógenos. Sabemos que el deporte presenta dos grandes vías, con desarrollo, filosofía y planteamientos distintos y divergentes, aunque parten de un tronco común: el deporte praxis y el deporte espectáculo. Ambos están conectados entre sí aunque el deporte espectáculo ejerce una proyección e influencia inevitable sobre el deporte praxis. Sin embargo, ambos presentan las características estructurales de carácter endógeno que identifican al deporte aunque en distinta proporción e interpretación, debido en gran medida a la distinta incidencia que ejercen sobre las dos vías del deporte los factores exógenos, lo que determina la conformación de dos realidades diferentes.

Entre los factores endógenos, el juego es el elemento madre del deporte ya que confiere al ser humano una dimensión vital más libre y creativa. En este ámbito, el *homo ludens*, claramente contrapuesto al *homo faber*, es donde se ubica el marco conductual de esta práctica por lo que se erige en la dimensión que otorga mayor definición y sentido al deporte. Cuando el deporte abandona el sentido lúdico, deja de ser deporte para convertirse en otra faceta humana, posiblemente trabajo. El deporte es juego, es entretenimiento, es placer, es diversión, es ensayo de conductas humanas en el espacio lúdico del individuo... es humanismo. Es quizás su faceta más íntima y también la más imprescindible; el propio origen de la palabra deporte nos remite a su concepción originaria, más genuina y profunda “*se deport*” (en la antigua lengua provenzal o lengua de Oc) con un significado de entretenimiento, juego, pasatiempo y diversión.

El esfuerzo físico es otro de los rasgos estructurales del deporte. Subrayamos aquí que la actividad motriz sistemática es un elemento necesario para la práctica deportiva, el deporte es motricidad exigente para el individuo ya que debe competir contra sus propios límites, superar retos naturales y/o vencer a otros adversarios. Por tanto, no podemos hablar de actividad física, ni tan sólo de ejercicio físico (que sería una actividad física con un fin concreto y un proceso sistematizado), sino de esfuerzo físico, es decir recabar las máximas capacidades motrices y mentales en aras de un fin concreto: superar, vencer y triunfar. El “riesgo” forma parte ineludible de este concepto, pero es interpretado de manera diferente en relación al tipo de deporte que se desarrolle. La conducta motriz que se deriva de una sucesión de esfuerzos físicos para lograr la victoria es uno de los fundamentos más sólidos y genuinos del deporte. Este comportamiento exige disciplina, imprime carácter y forma al individuo en un estilo de vida.

La competición es también un factor esencial, ya que no hay deporte sin competición. El autor francés Roger Caillois, definió y clasificó los juegos en cuatro categorías antropológicas: *agon* (competición), *alea* (suerte), *mimicry* (simulación o representación) e *ilinx* (vértigo). Cada categoría adopta en la actualidad peculiares formas culturales; así, el *agon*, entendido como lucha intensa (en un ambiente lúdico) para obtener un resultado, deviene en el deporte como gran juego competitivo que arrastra millones de practicantes y enormes masas de espectadores; los juegos de *alea* se proyectan en la conducta, tan humana, de ganar el futuro a través de la suerte jugando a la lotería, las quinielas o las apuestas; los juegos de *mimicry* desarrollan la necesidad del ser humano de representar conductas, roles y fantasías, al margen del orden serio de la vida y se representan en la modernidad de forma sofisticada mediante los carnavales, el teatro, el cine, la televisión o los juegos tecnológicos virtuales y de simulación; los juegos de *ilinx* corresponden a la tendencia del ser humano de modificar de manera palpable nuestro equilibrio alterando el sentido macular, al deslizarse por las distintas superficies de nuestro entorno (agua, aire y tierra) y provocando sensaciones y emociones intensas y placenteras; estas conductas están muy bien representadas en las actividades físicas de aventura de la naturaleza (Afan) que constituye un universo de practicas recreativas alternativo al deporte.

El deporte, como actividad lúdica por excelencia, posee parte de cada una de estas cuatro categorías antropológicas del juego (cuyos porcentajes variarán en relación al tipo de especialidad deportiva y al modo de deporte practicado). El deporte es un juego de lucha en el que influye de manera notable la suerte al existir una notable incertidumbre. Se ensayan conductas distintas a las de la vida seria y se producen de manera sistemática situaciones de pérdida del equilibrio y de la orientación. Con todos estos componentes, el deporte presenta altos niveles de incertidumbre lúdica que son sistemáticamente interpretados por sus actores con el objeto de intentar reducir la incertidumbre inicial para convertirlo en una práctica lo más racionalizada posible. Pero la categoría dominante que lo identifica y supedita al resto de categorías es la competición (*agon*); la no observación de este elemento desnaturaliza al deporte.

El deporte, al ser un juego, tiene reglas, pero las reglas del deporte son regladas, reglamentadas, igualitarias, equitativas, punitivas, sancionadoras y universales. El deporte está sometido al arbitrio discrecional de una autoridad competente, dispone de un preciso reglamento que regula el juego y de otro que delimita las bases del sistema de competición. Sus reglas son iguales para todos, sin distinción de credo, ideología, clase social, cultura o raza. Se organiza y desarrolla la competición en relación al sexo, edad, categoría corporal y nivel de competición. En el juego deportivo, el árbitro o juez del encuentro, mediante la interpretación del reglamento, procede al castigo y premio inmediato; las instituciones propias y las autoridades correspondientes autorizan las distintas competiciones avalando y ratificando los diversos resultados de las mismas. Las reglas del deporte, estrictas en su cumplimiento, son de ámbito restringido pero poseen validez en todo el orbe deportivo; son aplicadas e interpretadas por una cohorte de especialistas oficiales (los árbitros y personal colegiado) que confirman los resultados, aunque éstos sean susceptibles de impugnarse o revisarse por comités de competición que se elevan por encima de las distintas competiciones deportivas y que refuerzan y dan crédito al propio sistema deportivo de competición.

La institucionalización constituye la característica organizativa y asociativa del deporte en el entramado social; es su característica más sociopolítica y representa a los entes propios que promueven y organizan el deporte en el entorno social correspondiente. Las instituciones propias y tradicionales del deporte son los equipos deportivos, los clubes y las federaciones. Las federaciones se nutren de los distintos clubes deportivos que conforman el sistema deportivo de un territorio. Cada club posee un número más o menos grande de socios y seguidores; está regido por un conjunto de dirigentes y tiene un número determinado de equipos deportivos en las distintas categorías; cada equipo está formado por un conjunto limitado de jugadores

o jugadoras con sus técnicos respectivos. En la actualidad existen otras instituciones que contribuyen de manera emergente en el proceso de institucionalización del deporte: los medios de comunicación, las asociaciones de jugadores, las peñas de seguidores, las empresas que financian el proyecto deportivo, las instituciones sociales, las fundaciones, etc. Estas nuevas instituciones están irrumpiendo con inusitada fuerza en el marco institucional del deporte desplazando, poco a poco, a los entes más tradicionales.

El espíritu deportivo, o *fair play*, es uno de los rasgos estructurales más genuinos y constituye el legado más clasista del ámbito aristocrático y burgués en el que se fundó el deporte. Desde sus orígenes, el deporte, creado por los estudiantes de las *Public School* (escuelas elitistas inglesas de los siglos XVIII y XIX), a partir de los rudos y poco regulados juegos tradicionales, se distinguía de las prácticas lúdicas más tradicionales no sólo por la racionalización estructurada del juego a través de un reglamento de competición estricto, sino por plantear una filosofía (*fair play*) que promovía la interpretación civilizada y refinada de los juegos deportivos que permitía la confrontación, con “maneras más finas,” con jugadores y equipos de clases sociales más bajas. Primigeniamente, y desde el punto de vista sociológico y antropológico, el concepto de cuerpo, así como las prácticas corporales que corresponden e identifican a las clases más altas de un conjunto social, se caracterizan del resto de la población por el modelo de la distinción (también en el sentido del cuerpo y de las prácticas que le corresponden por su pertenencia a la clase social más elevada); las clases medias o burguesas se identifican por la habilidad y la especialización y las clases bajas por el dominio de la fuerza. Por todo ello, cuando los estudiantes burgueses transformaron los rudos juegos populares en otros juegos mucho más estructurados, organizados y controlados, en los que las reglas limitaban la dureza de la competición dando lugar al deporte, no se conformaron con su nueva creación sino que protegieron su práctica y participación con una filosofía defensiva denominada *fair play*. Bajo este concepto, el deporte viene a decir a todos sus participantes que estamos participando en un juego moderno, acorde con el nuevo espíritu de la modernidad, cuya práctica debe realizarse bajo sus propias reglas y sometido a la mentalidad de las clases dominantes.

De un tiempo a esta parte el *fair play*, o espíritu deportivo, se refiere a la lealtad, la equidad, el deseo de vencer y el respeto. La lealtad del deportista se desprende del espíritu que anima su conducta para intentar vencer respetando las normas establecidas, sin trampas ni atajos, y observar el espíritu deportivo. La equidad es el legado que lleva el deporte como consecuencia del origen de su época, impregnado del espíritu de la revolución industrial inglesa y la revolución burguesa de 1789, que se cimentó en la igualdad, la libertad y la fraternidad. La equidad en el deporte se manifiesta en la estructuración de las diversas categorías de competición, en aras de la igualdad competitiva y solidaridad humana, en función del sexo, la edad, el peso o el nivel de competición. El deseo de vencer es primordial en la práctica deportiva, sin él no existe el deporte propiamente dicho: ganar y ser el mejor constituyen la esencia básica del *homo deportivus*. El respeto es la otra característica fundamental del *fair play* actual, considerado como un respeto hacia uno mismo (evitando los excesos personales para obtener la victoria y que podemos concretar en el concepto del doping), el respeto hacia los adversarios (que se constituyen como rivales ocasionales, pero que no son enemigos a los que hay que derrotar o aniquilar como fuere) y el respeto de los compañeros (sin la participación de ellos la victoria no es posible).

II

Ahora bien, el deporte como sistema autónomo esta interactuando con los distintos sistemas de su entorno. Desde el punto de vista exógeno, en su lógica externa, los principales sistemas que envuelven e influyen sobre el deporte y, a su vez, son influenciados por él, son los siguientes: el contexto social, el entorno cultural, la ideología política, el sistema económico, la tecnología o el medioambiente.

El deporte es hijo de su tiempo y de la sociedad que lo ha creado y amparado. El deporte surge en la sociedad contemporánea y se constituye en un auténtico microcosmos de ella, el deporte y la sociedad están íntimamente unidos, no se entiende uno sin el otro, a través del deporte y su evolución podemos comprender las distintas dinámicas socioculturales que hemos experimentado en nuestra época. Los cambios del deporte son los cambios de la sociedad y el día en que la sociedad se transforme en otro modelo sociocultural con otros valores, gustos y mentalidad, el deporte puede reconvertirse en algo bastante distinto a la realidad actual que hoy conocemos, o incluso ser substituido por otra práctica.

El deporte actúa como un gran nivelador cultural, es decir, mediante el deporte se promueven procesos de aculturación en los distintos confines del planeta. El deporte en sí es una cultura propia y genuina que transporta los valores más genuinos del sistema cultural occidental que proyecta de manera sistemática sobre las personas y contextos culturales que invade de manera pacífica pero muy eficaz. El deporte ha sido un eficiente mecanismo no dirigido de occidentalización del planeta. Las diversas culturas en las que ha penetrado el deporte han sido influenciadas y transformadas por el sistema cultural deportivo, pero también estos sistemas culturales ejercen una presión y provocan transformaciones sobre el propio deporte. En la actualidad el deporte es una práctica planetaria presente en la mayoría de contextos sociales; se ha constituido en un patrimonio de la humanidad que permanecerá ligado a la sociedad de su tiempo mientras ésta mantenga los valores y características que lo hacen posible.

El deporte ha superado los distintos contextos políticos a que ha sido sometido. Nacido en la sociedad anglosajona pronto logró liberarse de sus originarias particularidades socioculturales y políticas y se impuso en todos los sistemas políticos del siglo pasado (el liberalismo, el nacionalsocialismo, el fascismo, la socialdemocracia, los autoritarismos o los comunismos), los cuales intentaron utilizar el deporte para uniformarlo y plegarlo a sus intereses y obtener réditos políticos. El deporte entra por derecho propio en el articulado de las *cartas magnas* de los distintos regímenes políticos de nuestra época con el fin de definirlo como un derecho del pueblo, aunque en el fondo, a través de la práctica y el espectáculo deportivo, se contribuye de manera sutil y eficaz a reforzar el soporte ideológico e institucional del sistema dominante.

La economía es uno de los factores exógenos que más ha intervenido en la transformación del deporte; al ser una práctica y un espectáculo de miles de millones de personas, las cifras que se manejan en torno a él son gigantescas. En la actualidad el deporte está regido por una economía de servicios que genera muchos recursos económicos, por lo que el vector terciario y el mercantilismo imperante se han convertido en los generadores de los cambios más notables que afectan hoy al deporte.

La tecnología también ha desembarcado en el conservador mundo del deporte y ha producido cambios importantes en el marco de la práctica y, sobre todo, en el proceso del seguimiento y consumo del espectáculo. La tecnología ha irrumpido en el deporte desde una doble perspectiva: la dañina y tramposa, el doping, y la retroprogresiva, aquella que partiendo de las estructuras tradicionales del deporte le ha imprimido un cierto aire de modernidad al socaire de los últimos avances tecnológicos. Aunque las instituciones que rigen el deporte, celosas de tan preciado tesoro, son reacias por naturaleza a aquellos cambios que afecten a su transformación.

El medioambiente es uno de los factores que inciden de manera más desigual sobre el deporte. El medioambiente condiciona la vida de las personas, pero la cultura deportiva ha procurado reducir la incertidumbre propia de la práctica deportiva mediante el diseño de materiales, instalaciones y equipamientos que faciliten la competición y mejoren las marcas y las prestaciones individuales al margen del entorno medioambiental. Los deportes más concurridos son aquellos que presentan mayores índices de certidumbre y que además están más protegidos de los avatares meteorológicos y medioambientales. Las grandes instalaciones deportivas, sus equipamientos y materiales, así como las reglas de competición, promueven unas prácticas más previsibles y asépticas cada vez más independientes de la incertidumbre propia del medio natural. Sin embargo, existen un puñado de deportes, minoritarios en la práctica y en la expectación, cuya razón de existir es el constante desafío del hombre y la tecnología deportiva con los retos naturales de su medio.

Epílogo

Imposible a toda definición, el deporte presenta, no obstante, un núcleo común que corresponde a los factores endógenos del mismo: juego, esfuerzo físico, competición, reglas, institucionalización y espíritu deportivo; aunque en distinto porcentaje y proporción en función a los intereses lúdicos o laborales que lo animen y a los factores exógenos que lo condicionan. El auténtico deporte es aquél que presenta una correcta congruencia entre los factores endógenos, que lo identifican en sus debidas gradaciones, y los factores exógenos, que lo determinan y lo hacen posible. Cualquier desequilibrio en esta difícil pero necesaria ecuación convierte el deporte en una caricatura.

JAVIER OLIVERA BETRÁN

jolivera@gencat.net